



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA DE SALAMANCA

SE226098

SUPLEMENTO
Vida Nueva

EDITORIAL



El diablo de las mujeres

LUCIA CAPUZZI y RITA PINCI

“**U**na vez, estando en un oratorio, se apareció a mi izquierda con una forma abominable”. **Teresa de Ávila** no habla del diablo como un símbolo. Habla de alguien que afirma haber visto. Observa su boca “aterradora”, oye su voz “terrible”, nota que “una gran llama, muy clara, sin sombras, parecía emanar de su cuerpo”, ve su frente con cuernos y anota cada detalle como cronista de lo invisible. El diablo se le aparece como “un pequeño negro horroroso”. Y cuando relata cómo logró liberarse de él, incluso muestra un toque de ironía: “He comprobado muchas veces que para ahuyentar al diablo e impedir que regrese, no hay mejor medio que el agua bendita. Huye incluso ante la cruz, pero luego regresa. ¡La virtud del agua bendita debe ser bien grande!”.

Las grandes místicas cristianas —desde **Teresa** hasta **Hildegarda de Bingen** y **Juliana de Norwich**— no hablan del mal como una categoría abstracta. Lo encuentran, lo reconocen y lo combaten. Y Teresa, santa y doctora de la Iglesia, formula además una idea sorprendentemente moderna: el peligro más insidioso no viene de fuera, sino de dentro. Se trata de la falsa humildad, la autocrítica despiadada, la creencia de que uno no merece la gracia. Lo que ella llama “melancolía espiritual” se interpreta hoy como una extraordinaria pre-

monición psicológica: el mal que convence a las mujeres de que no son lo suficientemente dignas. Esto plantea una pregunta antigua y de gran relevancia: ¿quién es el diablo de las mujeres? ¿qué rostro adopta hoy? ¿y por qué una revista como *Donne Chiesa Mondo* elige explorar este tema?

Porque, ante todo, las mujeres no son el diablo, aunque durante siglos la cultura occidental las haya retratado como sus aliadas. **Eva** ha sido interpretada como la responsable de la Caída, la mujer que persuadió a **Adán** a desobedecer; **Dalila** se convierte en el modelo de la seductora manipuladora destinada a perdurar a través de los siglos porque es la mujer que traiciona a **Sansón** al revelar su secreto y engañarlo para que se corte las siete trenzas que sostenían su prodigiosa fuerza. El mismo prejuicio emerge en las duras palabras de Tertuliano, quien llama a las mujeres “la puerta del diablo”, contribuyendo a consolidar una larga tradición de sospecha hacia ellas. Incluso las leyendas populares relatan esta asociación. Este es el caso de **Lucida Mansi**, una noble del siglo XVII de Lucca transformada por el mito en un símbolo de la vanidad femenina.

Fallecida a los 43 años, se la describe como una mujer hermosa, disoluta y cruel que asesinó a sus jóvenes amantes y, cuando el espejo le devolvió su primera arruga, hizo un pacto

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

CONSEJO DE REDACCIÓN

RITANNA ARMENI
GABRIELLA BOTTANI
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRAZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
GRAZIA LOPARCO
MARINELLA PERRONI
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (COORDINADORA)

EN REDACCIÓN

SILVIA GUIDI
VALERIA PENDENZA

Esta edición especial en castellano
(traducción de ÁNGELES
CONDE) se distribuye de forma
conjunta con VIDA NUEVA y
no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va



Alberto Durero, “Melencolia”, 1514

con el diablo: treinta años de belleza inalterable a cambio de su alma. Tres décadas después, cuando el diablo exige una cumplir una promesa, intenta escapar. Fracasa. Queda condenada para siempre.

En la tradición cristiana, el diablo no es una figura folclórica. En los Evangelios y en la reflexión teológica, representa al ser que separa a los humanos de Dios, de la verdad y de sí mismo. El término griego *diábolos* significa “el que divide”. La teóloga **Stefanie Knauss**, de la Universidad de Villanova, explica que “en la Iglesia, la identificación de las mujeres como ‘colaboradoras’ del mal proviene de una interpretación parcial de la Biblia que subraya la estrecha relación entre Eva y la serpiente. Esta relación se sexualiza, aunque este elemento está ausente en las Escrituras. La mujer es quien empuja a **Adán** a transgredir el mandato de Dios. Esta perspectiva se ve reforzada por la tradición griega que asocia lo femenino con la corporeidad, las pasiones y lo irracional. Religión y filosofía convergieron, en la Edad Media, en la persecución de las brujas”.

Según Knauss, “el prejuicio sobrevive incluso a la modernidad. Por un lado, el patriarcado encuentra en la religión una justificación para la inferioridad femenina y la necesidad de controlar su comportamiento, especialmente el sexual. Por otro, la Ilustración exalta la racionalidad devaluando el cuerpo, las emociones y la sensibilidad, asociadas una vez más a las mujeres. La teología y la filosofía, aunque desde perspectivas diferentes, terminan así reforzando la figura de la mujer como tentadora”. Pero junto al ámbito de la fe, existe también uno cultural y antropológico. El diablo es una figura narrativa que abarca siglos, adoptando diferentes formas: miedo social, control moral, represión del

deseo y construcción del enemigo. En la historia occidental, el diablo no solo ha sido una creencia religiosa, sino también un lenguaje colectivo a través del cual las sociedades han expresado inquietudes, conflictos y temores.

Hoy, ha abandonado los cuernos y las pezuñas para adoptar formas culturales, económicas e interiores. Persisten los antiguos estereotipos: la manipuladora, la seductora, la histérica, la mujer demasiado ambiciosa o demasiado emocional. El control sobre el cuerpo femenino aún se basa en la misma lógica que durante siglos ha asociado a las mujeres con la tentación, y las cifras lo confirman. Según datos estadísticos italianos, casi uno de cada cuatro italianos cree que una mujer puede provocar violencia sexual a través de su forma de vestir.

Mujeres seductoras

Para la hermana **Anna Maria Vitagliani**, religiosa de Nazaret y directora de los Ejercicios Ignacianos, el tema de la seducción merece una reflexión más sutil. “Durante siglos, ha sido la acusación contra las mujeres y la característica por la que se las ha asociado con lo diabólico. La cuestión es que las mujeres somos potencialmente seductoras porque somos extraordinariamente intuitivas. Entendemos y sentimos a los demás. Esto no es malo en absoluto”. El riesgo surge cuando esta capacidad se convierte en manipulación o se transforma en lo que la monja llama “el espíritu de una enfermera de la Cruz Roja o el complejo de salvadora”: la necesidad de salvar a todos, de asumir todos los problemas o de existir únicamente a través del cuidado de los demás. “Nosotras, las mujeres, somos instintivamente maternas, instintivamente



visceral; a esto se le suma la educación, los modelos interiorizados. Esto es una fragilidad, no un pecado ni algo demoníaco. Sin embargo, a partir de ahí, el enemigo puede infiltrarse”, concluye.

Para **Francesca Serra**, estudiosa de Hildegarda de Bingen, “el demonio femenino por excelencia de nuestro tiempo es la obsesión por un cuerpo performativo, por sobreexponerlo hasta el agotamiento, por mantenerlo perpetuamente sexualizado, incluso como un cadáver”. “La ansiedad por la perfección revela un profundo desprecio por el cuerpo. Este último carece de valor a menos que sea productivo”. Se trata de un impulso demoníaco, para Serra, en el sentido etimológico del término, porque divide, porque “separa el cuerpo de su dimensión sagrada, de la Creación y de las genealogías y el conocimiento



Marina Abramovic, “The Artist Is Present”, 2010



Adriaen Collaert, "Teresa triunfa sobre los demonios", 1613

femeninos, y lo 'encierra' en el mercado". "Un proceso que comenzó con el fin de la Edad Media y se aceleró con la Revolución Industrial, en la que el cuerpo mágico se transformó en carne para ser confinado a las fábricas o, en el caso de las mujeres, al hogar. Ahora estamos presenciando una nueva evolución. El control capitalista y patriarcal sobre el cuerpo ha sido interiorizado por las propias mujeres, que se miran, se miden y se pesan con los parámetros del anterior", asegura Serra.

La exigencia de rendimiento, una maternidad perfecta, éxito profesional, la necesidad de ser a la vez deseable, productiva, cariñosa e impecable: ¿coincide lo nuevo demoníaco con la imposibilidad de simplemente humanas? "Construir sobre lo bueno significa aceptar los límites y las debilidades de la humanidad sin consi-

derarlos un error que corregir", escribe el Papa **León XIV** en *Magnifica Humanitas*. ¿Y si el verdadero pacto diabólico contemporáneo reside en la incapacidad de aceptar estos límites? ¿Y si consiste en intercambiar el propio valor por el juicio ajeno, la autoestima por la aprobación? No es casualidad que en los últimos años se haya popularizado el término *mom guilt*, ese sentimiento de culpa que acompaña a muchas madres al creer que nunca hacen lo suficiente. Y que hayan surgido movimientos como "No Mom Guilt", que reivindican la posibilidad de ser madres sin tener que disculparse constantemente.

Para **Maria Grazia Bovani**, quien junto a su esposo Umberto dirige los Ejercicios Espirituales en el Santuario de Boves —un centro de espiritualidad en Piamonte— una de las principales tentaciones contempo-

ráneas es precisamente la obligación de elegir entre la realización personal y el cuidado de la familia. Dice que "es obvio que conciliarlas es difícil. La tentación, sin embargo, reside en su naturaleza extrema, que lleva a muchas a verse obligadas a elegir, con enorme peso, una u otra". El problema es la exigencia imposible de serlo todo a la vez. "Esto de ser una supermadre, una superesposa, una superprofesional... es demoníaco porque impide a las mujeres ver su valor intrínseco, apreciar su forma de ser, única y singular". Esta presión genera frustración e impide que las mujeres reconozcan su propio valor independientemente de su desempeño. "Como dice **Ignacio**, la pesadez es señal de tentación. Cuando uno se encuentra en este estado, es mejor no tomar decisiones, pues podrían no corresponder a sus verdaderos deseos. Es mejor esperar, dejar que las cosas se calmen. El consuelo trae ligereza, plenitud y vida".

Espiritualidad ignaciana

En la espiritualidad ignaciana, el mal se reconoce por sus efectos. **Ignacio de Loyola** casi nunca habla del diablo. Prefiere la expresión "enemigo de la naturaleza humana". Como explica la hermana Vitagliani, no es enemigo de Dios, sino de la persona. Mientras Dios nos impulsa hacia "más vida", el enemigo busca mortificarnos. Para las mujeres, esto puede traducirse en la creencia de que deben demostrar siempre su valía: estar siempre disponibles, siempre necesarias, siempre perfectas. Quizás sea aquí donde el diablo contemporáneo se hace reconocible.

No en grandes transgresiones, sino en las pequeñas frases que muchas mujeres se repiten a sí mismas cada día; no soy suficiente: no soy lo suficientemente guapa, no soy lo suficientemente joven, no soy lo suficientemente madre, no soy lo suficientemente competente, no soy lo suficientemente delgada, no soy lo suficientemente fuerte. Teresa de Ávila vio al diablo sentado a su lado en el oratorio. Las mujeres del siglo XXI lo encuentran con más frecuencia en el espejo, en los algoritmos, en la comparación incesante con modelos imposibles y en las expectativas que las aplastan entre la perfección y la culpa. En definitiva, el desafío sigue siendo el mismo que hace cinco siglos: reconocer la mentira. Porque el diablo, incluso antes de ser una presencia, es una división. Y la libertad comienza cuando una mujer deja de mirarse a sí misma con ojos de juicio y vuelve a mirarse con sus propios ojos.

La serpiente, la mujer y el fruto... ¿y Satanás?

Vincular lo femenino y el mal marcó el pensamiento cristiano

MARINELLA PERRONI

Si leemos las primeras páginas de la Biblia, surge la pregunta: ¿cómo es que el jardín del Edén, en el que Dios colocó a la humanidad “para que lo cultivara y lo cuidara” (Génesis 2,15), se transforma de un lugar de deleite a un abismo de desesperación (Génesis 3,24)? Los protagonistas de la historia son conocidos por todos: una serpiente, es decir, el animal que los nómadas del desierto consideraban más insidioso; una mujer, la que Dios había creado porque no era bueno que el hombre estuviera solo; y un fruto, no una manzana, sino un fruto de un huerto en el que todos los árboles eran “agradables a la vista y buenos para comer” (Génesis 2,9). El mensaje es claro: el peligro habita en el jardín de la vida tanto como el asombro y la exuberancia. Por eso, el Edén es la metáfora original de la vida, de su belleza, pero también de su trágica contradicción. Uno de los mitos religiosos más conmovedores de la antigüedad nos revela así, en pocas palabras, la grandeza y la miseria del ser humano, la más extraordinaria de las criaturas, la más cercana a la divinidad, pero, al tiempo, la única que tiene la amarga conciencia de no ser Dios. El diálogo entre la serpiente y la mujer es el primer gran discurso teológico de la Biblia, aquel en el que está contenido el núcleo de la teología de la sabiduría del antiguo Israel: la conciencia de que los humanos son, dentro del mundo, quienes dominan a los demás seres, pero su poder está sujeto a la prohibición, no es infinito.

Ser como Dios, es decir, poder comer del árbol de la vida: el sueño, el deseo que las religiones del antiguo Cercano Oriente han destacado como origen de la rebelión instintiva del hombre contra la divinidad y que Israel considera el único ataque verdadero a la fidelidad hacia su Dios. Es muy hermoso que, en el Edén, la mujer desempeñe el papel de quien tiene el valor de entrar en este deseo, de reclamar el derecho a él y de discutir sus límites, de contribuir a definir esa frontera insuperable que separa a los humanos

de Dios, sin posibilidad de negociación alguna. Ese discurso teológico entre el más astuto de los seres vivos y la mujer representa, al comienzo de la Biblia, un punto de no retorno, porque establece no solo que querer ser como Dios es, al mismo tiempo, un anhelo y una condena, sino también que es una condición creatural indispensable de la humanidad y determina su destino. No es casualidad que el hombre, **Adán**, llame a la mujer **Eva**, es decir, “madre de todos los vivientes” (Génesis 3,20), porque de ella todos los vivientes heredan el deseo de comprender e incluso de negociar con Dios.

¿Por qué, entonces, al comienzo del tercer milenio cristiano, en la secuencia inicial de la exitosa película *La Pasión*, **Mel Gibson** optó por representar la tentación final del Mesías por parte del diablo haciendo que una serpiente de rasgos marcadamente femeninos y rostro lascivo se deslizara en el Huerto de los Olivos?

Hilo conductor

Mujer y diablo, una identificación que ha pesado mucho en el pensamiento cristiano durante siglos. Sin embargo, en el antiguo mito bíblico conocido como la Caída, no hay diablo, ni poder divino al que los humanos estén sujetos. Todo se desarrolla, como dicta la fe monoteísta de Israel, dentro de la relación entre el único Dios y su pueblo, porque esto queda inscrito en los orígenes mismos de la vida. Este es el hilo conductor que, de maneras muy diferentes según los momentos históricos y las sensibilidades teológicas, conecta cada página de la Biblia, comenzando con el jardín de los orígenes.

Apenas hay rastro del relato del Génesis sobre la transgresión en el resto de los escritos bíblicos, casi como si se quisiera decir que el resto de la historia del pueblo elegido, una historia marcada por transgresiones y traiciones al menos tanto como por obediencia y fidelidad, está impulsada por esa dinámica, marcada por la misma contradicción: pertenecer a Dios, ser elegido por Dios, no signifi-



Lucas Cranach el Viejo, “Adán y Eva”, 1526

ca ser como Dios. Pero en esto reside la tensión inagotable entre el hombre y la divinidad, no el pecado. En la Biblia se habla a menudo del pecado, pero siempre para justificar el alejamiento de todo el pueblo de la Ley de Dios, para justificar las decisiones bélicas de los reyes y su infidelidad al pacto que Dios había elegido establecer con Israel. Siempre en relación con hechos históricos, nunca en referencia a la transgresión de Eva.

Pero ¿por qué, entonces, nuestro imaginario religioso, ayudado por un catecismo infantil y una predicación insistente, per-



manece profundamente marcado por el hecho de que precisamente ahí, en esa primera transgresión enteramente atribuible a la mujer y su relación con el diablo, reside un pecado original, una condena de la que ningún ser humano puede escapar jamás? Es cierto que hoy las batallas feministas dentro y fuera de las iglesias han buscado repensar el papel de Eva y liberarla de las cargas de la culpa acumuladas durante milenios. Y, en la literatura reciente, la madre de todos los vivientes a veces ya no es la que, cediendo a la tentación demoníaca, trajo el mal al mundo, sino que en

realidad se le atribuye ser una figura de conocimiento crítico. A partir del siglo VI, la especulación sobre espíritus malignos, común a todas las creencias antiguas, había introducido elementos adicionales en la teología judía y cristiana. Como el de los ángeles que se rebelaron contra Dios y fueron arrojados al infierno, comenzando a modificar sus características originales. La serpiente fue identificada como una criatura del mundo sobrehumano, pero solo en un texto reciente, influido por la cultura helenística, apareció el diablo como una entidad propia: “mas por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y la experimentan los de su bando” (Sabiduría 2,24). Esta idea pronto se incorporaría a la teología cristiana, como lo demuestra la tradición del Nuevo Testamento, desde los relatos de las tentaciones de Jesús (Mateo 4,1-11 y Lucas 4,1-13) hasta Apocalipsis 12,9 y 20, 2. Y el líder de los ángeles caídos adoptaría muchos nombres: diablo, Satanás, dragón, serpiente antigua, Belcebú.

Tres protagonistas

Pablo se hace eco de una interpretación del relato de la creación de la mujer que evidentemente circulaba en el judaísmo de su tiempo y que sancionaba la jerarquía de los sexos como ley creatural (1 Carta a los Corintios 11,8). Más tarde uno de sus discípulos añadió: “Pues primero fue formado Adán; después, Eva. Además, Adán no fue engañado; en cambio, la mujer, habiendo sido engañada, incurrió en transgresión” (1 Carta a Timoteo 2,13-15). Son los primeros pasos de una hipoteca que pesará mucho en la posterior tradición cristiana.

Los tres protagonistas del relato del Génesis –la serpiente, la mujer y el fruto– se convertirán en el diablo, la mujer y el pecado. Entonces, todo se remonta al sexo. En el fondo, está la visión patriarcal de la diferencia sexual, una visión distorsionada porque sirve a la jerarquía social entre los géneros, y la creencia de que, dado que son las mujeres quienes soportan las consecuencias más graves de la diferencia sexual, esto se debe a que son ellas las responsables de la transgresión primordial. Desde las antiguas páginas bíblicas hasta las crónicas actuales, además, todo refleja que uno de los grandes misterios de la vida es precisamente la diferencia sexual, porque está en el origen de la vida. No solo como condición para la fertilidad y la formación del núcleo familiar, sino también como figura de cualquier posible confrontación entre personas diferentes, pues “No es bueno que el hombre esté solo...” (Génesis 2,18).

Teólogas reconocidas

RAFAEL LUCIANI

El Documento Final del Sínodo reconoce a las teólogas en la dinámica de los carismas, las vocaciones y los ministerios de misión. Se trata de una forma específica de participación en la vida del Pueblo de Dios como ministerio de discernimiento eclesial que “ayuda al Pueblo de Dios a desarrollar una comprensión de la realidad iluminada por la Revelación y a elaborar respuestas adecuadas y un lenguaje apropiado para su misión”. Al explorar el Concilio, afirma que la comprensión de la fe crece a través de la interacción entre diferentes actores: el Pueblo de Dios, los pastores y quienes se dedican al estudio teológico. Esta relación no es lineal ni jerárquicamente cerrada. Implica un espacio en el que convergen múltiples voces: la experiencia de los fieles, el *sensus fidei*, la investigación académica, las ciencias humanas y sociales, el magisterio y los signos de los tiempos. La teología no es un simple comentario del magisterio. Es necesario el “diálogo entre pastores y quienes se dedican a la investigación teológica”, ya que es un conocimiento que escucha e interpreta las múltiples voces de nuestro tiempo y verifica críticamente su recepción en la fe. El Documento Final da un paso más, de gran importancia: no solo indica qué es la teología, sino también cómo ha de ser, insistiendo en que debe practicarse sinodalmente, porque “si bien es personal, también es comunitaria y colegial”. En efecto, “la sinodalidad eclesial compromete a los teólogos a practicar la teología de manera sinodal, fomentando entre ellos la capacidad de escuchar, dialogar y discernir”. Sin embargo, una teología practicada sinodalmente presupone que las teólogas y los teólogos participan conjuntamente en el desarrollo de los procesos de toma de decisiones eclesiales. La presencia de teólogas plantea nuevas preguntas, amplía horizontes y visibiliza realidades antes imperceptibles. No se trata de añadir otro punto de vista, sino de reconocer una mediación específica del Espíritu en la historia, sin la cual la Iglesia no sería verdaderamente una Iglesia de “todos, todos, todos”.

Los siete demonios de Magdalena

Si examinamos la pintura de **Guido Cagnacci**, *La Magdalena penitente*, también conocida como *La conversión de la Magdalena*, observamos un fuerte contraste entre lo sagrado y lo profano representado en el fondo del cuadro por la lucha del ángel bueno (la virtud) que expulsa al demonio (el vicio), y evocado en primer plano por el contraste entre el cuerpo desnudo y seductor de la **Magdalena** (sensualmente recostada y rodeada de un suntuoso vestido y ricas joyas de las que se ha despojado) y una modesta **Marta** que la exhorta a abandonar la vida pecaminosa. Esta pintura, realizada alrededor de 1660 en plena Contrarreforma católica, concentra errores exegéticos y prejuicios arraigados y fomentados a lo largo de los siglos que aún hoy se perpetúan mediante una predicación engañosa.

Magdalena es identificada erróneamente con **María de Betania**, hermana de Marta, y, sobre todo, con la prostituta anónima mencionada en el Evangelio de Lucas (7, 36-50). Estos errores de interpretación se remontan a Gregorio Magno, quien, tal vez debido a la necesidad de armonizar historias similares, generó un malentendido fatal al unificar en una sola persona a mujeres diferentes: la Magdalena, liberada de los siete demonios (Mc 16, 9; Lc 8, 2); la prostituta anónima que lava los pies de **Jesús** con lágrimas y los unge con perfume (Lc 7, 36-50); **María de Betania** que unge los pies del Nazareno con costosa esencia de nardo y los seca con su cabello (Jn 12, 1-8); y la mujer anónima que, en la casa de Simón el leproso, derrama “un perfume muy precioso” sobre la cabeza de Jesús (Mt 26, 6-13; Mc 14, 3-9).

Gregorio Magno fusiona todas estas figuras en la Magdalena y, con el peso de su autoridad, inicia ese proceso de construcción de identidad que en los siglos venideros concebirá a la mujer no ya como la apóstol, sino como la pecadora por excelencia. Al considerar a esos siete demonios como un signo de pecado, “una concentración de toda clase de vicios” y la expresión de “una vida llena de pecados” (Homilía 33), orienta la interpretación de la presencia de los demonios hacia el vicio de la lujuria, que bien caracterizará a la mujer, seductora y tentadora. Este arquetipo cultural perdura a lo largo de los siglos hasta tal punto que, en la Edad Media, el monje **Honorio de Autun** no tuvo

ADRIANA VALERIO

Una lectura distorsionada ha llevado a concebir a la discípula como la pecadora por excelencia

reparos en presentar a Magdalena como “la prostituta vulgar que, tras convertirse en un burdel de libertinaje, se convirtió con razón en santuario de demonios, pues siete demonios entraron en ella a la vez y la atormentaron continuamente con lujurias” (*Speculum Ecclesiae. De sancta Maria Magdalena*, en PL 172, 979). Muchos creen a día de hoy que esos demonios representan el pecado de la lujuria de Magdalena.

Demonización de la sexualidad

Así, partiendo de la falsa identificación con la pecadora arrepentida, la figura de **María Magdalena** ha favorecido la demonización de la sexualidad y la sensualidad femeninas, que, para redimirse, requieren penitencia y mortificación. Los siete demonios de los que Jesús la liberó se han asociado con el vicio de la lujuria y se han identificado erróneamente con la lujuria que la llevó a la prostitución. En los Evangelios, uno de los elementos

distintivos de “**María**, llamada **Magdalena**”, es que fue “liberada de siete demonios” (Lucas 8, 2). Pero ¿qué son estos espíritus malignos? El siete, un número simbólico que indica totalidad y plenitud, evoca aquí una gravedad particular, pero no es fácil entender lo que representa. En la cultura judía contemporánea y en el Nuevo Testamento, los demonios son entidades a las que se responsabiliza del sufrimiento, la enfermedad o los trastornos mentales. No designan vicios, mucho menos una vida disoluta o una desviación moral. Más bien, expresan malestar y desequilibrio y están bien representados, por ejemplo, en otros episodios que hablan de la liberación de endemoniados (Mc 5, 1ss. y pasajes paralelos).

Los Evangelios no mencionan ninguna desviación moral ni indican que fuera prostituta. Jesús la sana y la hace volver a ser discípula y apóstol. Debemos suponer que fue sanada de una enfermedad profunda, de un grave sufrimiento o quizás de la marginación y que esta nueva liberación, surgida de su encuentro con Jesús, le permitió alcanzar un espacio de libertad que le permitió abandonar la seguridad de su familia y seguir al Maestro a través de nuevas formas de relación que implicaban compartir y participar en la vida del grupo.



Guido Cagnacci, “*Magdalena penitente*”, 1660



Lilith, la sombra de la noche

En la tradición judía se la considera madre de los demonios

FRANCESCA NUNBERG

En la imaginación popular judía, **Lilith** es la "madre de los demonios". Tiene una reputación terrible: es rebelde, peligrosa y está rodeada de un aura de misterio. "Ella se sitúa fuera de la familia humana y busca venganza atacando a los recién nacidos y la fidelidad conyugal", cuenta **Ruth Dureghello**, representante del programa The Jewish Ambassadors de la Conferencia Rabínica Europea. "Se la describe como una criatura con alas y larga cabellera roja, lo que nos adentra en un área oscura de nuestra tradición. Entre los aspectos perturbadores del folclore se encuentra la creencia de que Lilith seduce a los hombres mientras duermen para robarles su "semilla perdida" y concebir hijos demoníacos, los Lilim. Antigüamente, en algunas comunidades, era costumbre que los hijos nacidos del matrimonio no acompañaran el ataúd de su padre al cementerio, para evitar que los "medio hermanos demoníacos" engendrados por Lilith reclamaran la herencia o perturbaran el alma del difunto. Para protegerla de esta influencia nociva, es costumbre dar vueltas alrededor del ataúd antes del entierro", explica.

El destino de Lilith es singular. Nacida en los mitos babilónicos como un demonio que trae desgracia y muerte, evolucionó en la Cábala medieval como la primera esposa de **Adán** e incluso se convirtió en un sím-

bolo de la emancipación femenina en la época moderna. Se la suele considerar un personaje bíblico, pero aparece solo una vez en el Antiguo Testamento. "Es un solo versículo: Isaías 34,14", aclara Dureghello, "en el que el profeta describe el castigo divino contra **Edom**, pintando un paisaje de desolación y diciendo: "Aquí morará Lilith y encontrará un hogar de paz". En la exégesis rabínica clásica y moderna, este pasaje no se interpreta como la crónica de una "primera mujer", sino como una descripción de la "decreación".

Elemento dañino

Lilith aparece entre animales salvajes y sátiros, representando el retorno al caos de donde la presencia divina se ha retirado. Es relevante la etimología de su nombre, que en hebreo se remonta a *layla*, la noche. Lilith es un "elemento dañino", que encarna una forma de agresión que afecta a quienes se aíslan. No es casualidad que el Talmud prohíba dormir solo en casa, porque "quien duerme solo está poseído por Lilith", como afirma el rabino **Chaninà**. Es una sexualidad hedonista, contrapuesta a la sexualidad reproductiva.

Los cabalistas medievales la retratan como la primera esposa de Adán, creada por Dios del polvo como él, y quien pretende los mismos derechos. "Esta narrativa que fascina al mundo contemporáneo —afirma Dureghello— se remonta a un texto medieval llamado *El Alfabeto de Ben Sira*,

en el que leemos que Lilith se niega a estar "bajo" Adán durante la intimidad, argumentando: "Somos iguales, puesto que ambos venimos de la tierra". Al no ser escuchada, pronuncia el inefable Nombre de Dios y huye hacia el Mar Rojo". Aquí la cosa se complica, porque esta interpretación hoy tiene una doble vertiente. En el mundo ortodoxo, sigue siendo un *midrash* (exégesis bíblica) que explica la discrepancia entre los dos relatos de la creación en el Génesis, pero no es un dogma. Se dice que Adán y Lilith permanecieron casados durante 130 años, y solo después de expulsar a esta criatura, el Señor creó a **Eva** de la costilla de Adán y engendró a **Set**, de quien desciende la humanidad. En los movimientos feministas judíos, Lilith ha sido "reivindicada" como símbolo de independencia e igualdad sexual. Sin embargo, sigue siendo un icono ambiguo: es difícil celebrar como heroína a una figura que la literatura mística describe como destructora de la vida".

¿Es una leyenda que antes de la *Milá* (circuncisión), a los niños se les daban collares con los nombres de tres ángeles para protegerlos de Lilith? "Es una práctica ritual documentada desde hace siglos. El núcleo de la protección reside en los ángeles **Senoy**, **Sansenoy** y **Semangelof**. Según el mito, Lilith prometió no tocar a ningún niño dondequiera que viera sus nombres. Incluso hoy en día, en muchos hogares, se cuelga un amuleto sobre la cuna con la inscripción Adán y Eva, fuera de Lilith. O se coloca un objeto de hierro debajo de la almohada porque las letras **BarZeL** (hierro en hebreo) son el acrónimo de las cuatro esposas de **Jacob** (**Bilha**, **Raquel**, **Zilpa**, **Lea**), cuya fuerza colectiva repele al demonio estéril".

Dureghello concluye: "El judaísmo, en su pragmatismo espiritual, se ha reconciliado con Lilith, integrándola como el arquetipo de la Sombra. Forma parte de la *Sitra Achra*, "el otro lado" de la santidad. Si la *Shejiná* es la presencia divina que protege el hogar, Lilith es la fuerza que lo amenaza. Es un enigma que sigue hablándonos: existen leyendas encantadoras, como aquella según la cual si un recién nacido ríe mientras duerme, significa que Lilith está jugando con él. Las madres le dan palmaditas en la nariz al pequeño para detener el peligroso juego. Otra anécdota se refiere a la Reina de Saba. En el folclore, se sospechaba que ella misma era Lilith y **Salomón** supuestamente lo descubrió al ver sus piernas y pies peludos que se asemejaban a las garras de un ave de rapaña".



Rosa Matteucci

Cuerpos bajo asedio

El demonio insidioso de la belleza persigue a la mujer

ROSA MATTEUCCI

tente diabólico del demonio femenino es la moda, concebida e impuesta por los hombres, los diseñadores. Creo que los hombres albergan inconscientemente envidia mezclada con odio hacia el cuerpo femenino: un objeto legítimo y natural de deseo. De lo contrario, la especie humana ciertamente no habría sobrevivido. Un instrumento de placer y, al mismo tiempo, un laboratorio fantástico donde se genera la vida humana, un cuerpo femenino capaz de transformarse durante la gestación, la cuna de la vida. Las mujeres comenzaron a usar corsés a partir del siglo XVI, asfixiadas por múltiples capas de faldas, a veces incluso caminando con zapatos de plataforma primitivos. Pero fue solo en el siglo XIX cuando se produjo un salto cualitativo: la moda se convirtió en un instrumento de restricción y tortura, alterando el cuerpo femenino y allanando el camino a las patologías más dispares, siendo las enfermedades gastrointestinales y psicosomáticas prerrogativa exclusiva de las mujeres.

Plan de exterminio

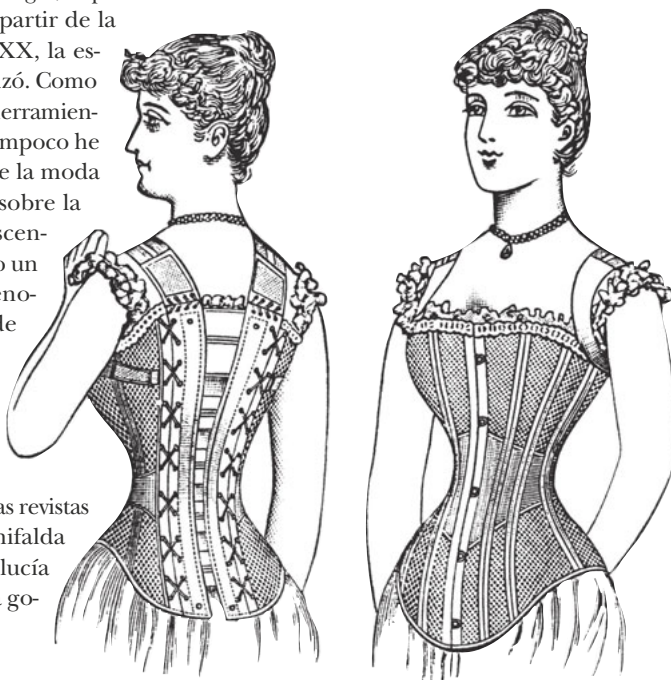
Con la moda de la cintura de avispa, que estalló en el siglo XIX, las mujeres, sin saberlo, prestaron sus cuerpos y su salud a la implementación de un plan de exterminio. De la cintura de avispa a la anorexia, transcurrió poco más de un siglo, salpicado de guerras mundiales. A partir de la segunda mitad del siglo XX, la estrategia de muerte se afianzó. Como mujer, aunque dotada de herramientas de análisis crítico, yo tampoco he escapado a los dictados de la moda y sus efectos perniciosos sobre la salud. Durante mi adolescencia, la mujer delgada como un palito hizo su debut, el fenotipo de las futuras filas de anoréxicas moribundas, encarnado por la modelo inglesa **Twiggy**. La chica traviesa, con su mirada de ojos grandes asomándose desde las páginas de las revistas femeninas, vestía una minifalda que dejaba ver sus nalgas, lucía sus piernas de pollo y una go-

rra de cuadros. Ella encarnaba el modelo femenino de la eterna adolescente, una super-Lolita con todos los atributos sexuales ya mencionados, aunque en algunos aspectos aún en desarrollo, un pequeño cuerpo travieso se estableció como el ideal de belleza femenina. Pero para caber en su fatídica talla, además de tener una complexión delgada y esquelética, había que carecer de masa muscular y, sobre todo, no tener ni una pizca de grasa de sobra. Así, a partir de la década de 1970, hordas de chicas jóvenes comenzaron a hacer dieta, la única herramienta disponible para adelgazar cada vez más y, en última instancia, enfermar.

En aquel entonces, afecciones como la anorexia y la bulimia no tenían dignidad social, no se consideraban enfermedades mortales, y caer en su trampa era más fácil que beber un vaso de agua. Se empieza eliminando un poco aquí y allá, identificando un círculo reducido de alimentos que se pueden comer sin culpa. Personalmente, solo comía alimentos blancos, y llegó un punto en que ni siquiera eso. Así que, para mí, como para muchas otras, no quedó nada comestible. No quedó ni siquiera un cuerpo. De aquellos tiempos miserables de enfermedad y desolación, el recuerdo de las penurias, el hambre extrema, el desgaste y el dolor permanece intacto, grabado en lo más profundo de mi alma, en los recovecos de mi memoria.

El daimón que siempre ha amenazado la figura femenina es el que eligió el cuerpo femenino, una forma y sustancia esencial para la vida. La apariencia femenina nunca es buena, ni lo ha sido jamás. Un cuerpo femenino debe, por estatuto sádico-demente, ser modificado, humillado, exaltado según los dictados de la prostitución, transformado en obsequiosidad a cánones más allá de toda lógica, inconcebibles para las propias mujeres, pero aceptados pasivamente y perseguidos con compromiso y dedicación. Desde el principio de los tiempos, las mujeres han perseguido una quimera, un modelo de belleza acorde con los tiempos que significa aceptación social y estatus. Para obtenerlo, siempre han permitido que su cuerpo sea torturado, evaluado, criticado, observado, escrutado y, sobre todo, juzgado.

Para alcanzar este objetivo —la belleza según los estándares de la era contemporánea, que siempre ha significado una conformidad férrea— las mujeres no han dudado en confinar sus extremidades en jaulas y dispositivos similares a jaulas, instrumentos punitivos como corsés, que han producido generaciones de mujeres pálidas. El corsé, diseñado para comprimir los órganos internos, ha ido acompañado de un calzado que ignora la morfología normal del pie humano, zapatos diseñados para la anatomía de una salchicha, erigidos sobre plataformas, propicios para la dislocación de cadera y, en el escenario más favorable, la aparición de juanetes. Un cuerpo perpetuamente degradado, avergonzado y condenado a muerte: eso es lo que nos ha sido reservado. El asis-





Dacia Maraini

El enemigo invisible dentro de sí

El mal que nace de la falta de confianza sigue latente

dos períodos muy distintos: aquel en el que el diablo estaba fuera de nosotros y tomó formas concretas transmitidas por la cultura popular, como el ángel caído o la cabra bifurcada, y el período en el que se descubrió que el mal reside en nuestro interior”, responde **Dacia Maraini**, prestigiosa decana de las escritoras italianas y una de las voces más autorizadas del feminismo desde los años setenta.

Temas de mujer

La condición femenina, los derechos de la mujer, la memoria histórica, las injusticias sociales y la igualdad de género son temas que siempre ha tratado la autora de novelas como *La lunga vita di Marianna Ucrìa e Bagheria* y *Chiara di Assisi. Elogio della disobbedienza*.

¿Qué significa que el mal esté dentro de nosotras? “Tras siglos de sometimiento cultural, legal y social, las mujeres han interiorizado una falta de confianza en sí

mismas. Debido a una educación patriarcal y misógina, se han convencido de que no son lo suficientemente dignas, que carecen de capacidad de juicio y, peor aún, que su palabra no es tan prestigiosa ni fiable como la de los hombres”. Pero, según la autora, hay una salida a este círculo vicioso. “Solo la cultura, la educación, la responsabilidad, la ética y la empatía pueden romper este antiguo y arraigado condicionamiento y restaurar la confianza de las mujeres, permitiéndoles así liberarse del Diablo que aún las mantiene cautivas”.

Se han logrado avances, añade, pero no debemos dormirmos en los laureles: debemos seguir avanzando. “La emancipación ya ha ganado mucho terreno y hoy creo firmemente en la concienciación de las generaciones más jóvenes”, dice Maraini. “Pero hay una condición: no deben dejarse manipular por las redes sociales, que con demasiada frecuencia fomentan una cultura tradicional y machista”, añade.

GLORIA SATTA

¿Quién es el diablo para las mujeres de hoy? “Históricamente, el mundo se divide en

El miedo de ser nosotras mismas

Lo que amenaza la libertad femenina es sentirse intimidadas

GLORIA SATTA

Si le preguntas quién es el diablo para las mujeres de hoy, **Cristina Comencini** responde sin dudar: “El miedo”. ¿Y a qué? “Miedo a ser nosotras mismas, a atrevernos, a arriesgarnos y, sobre todo, a seguir nuestras aspiraciones, es decir, a ser lo que queremos ser en lugar de lo que la sociedad espera”. Directora, escritora y dramaturga de renombre internacional, Comencini nunca ha hecho cine feminista militante, pero muchas de sus películas (*Va' dove ti porta il cuore*, *Matrimoni*, *Due partite*, *La bestia nel cuore*, *Il treno dei bambini*), están cerca de la sensibilidad femenina porque abordan las perspectivas de las

mujeres, las relaciones familiares, la violencia de género, la maternidad y la búsqueda de autonomía. En 2011, fue una de las impulsoras del movimiento feminista “Se non ora quando”, el más importante del nuevo milenio, que atrajo a activistas de todas las generaciones y orígenes, culminando en manifestaciones callejeras multitudinarias. Ella misma admite que el condicionamiento social le afecta directamente y la limita: “Yo también, como la mayoría de las mujeres, he tenido y sigo teniendo miedo de expresar mis opiniones y sentimientos, en una palabra, de influir en la realidad”.

Existe una razón histórica, explica: “Las mujeres solo hemos formado parte de una cultura

masculina durante unas pocas décadas, siendo un pilar de una sociedad patriarcal concebida y construida sin nosotras, es decir, sin considerar nuestra participación activa e igualitaria. Hoy nos encontramos viviendo en una situación relativamente nueva en la que nos resulta difícil imponer nuestra presencia, nuestros deseos, nuestra forma de pensar. Sentirnos en igualdad de condiciones con los hombres todavía nos intimida”. ¿Cómo podemos salir de esto? “El pensamiento dominante, el de los hombres, se ha considerado por demasiado tiempo como “la historia”. Derrotaremos al diablo cuando finalmente aprendamos a contar nuestra historia, superando el miedo”.



Cristina Comencini

En un momento dado de la historia europea, miles de mujeres encarnaron el rostro del mal. Bastaba una hambruna, una enfermedad, una tormenta repentina. Ser viuda, vivir sola, conocer hierbas medicinales, ser locuaz o ser demasiado independiente. Rápidamente surgían las sospechas: el diablo está de por medio. Y el diablo, cada vez más, “hablaba” a través de la mujer. La brujería se convirtió así en uno de los ámbitos donde el miedo, la superstición y el control social se entrelazaban. No se trata de herejía en sentido estricto, ni de discrepancia teológica. Más bien, se trata de pecado: la relación con el diablo, las uniones infernales, las escapadas nocturnas a los aquelarres... Es un pecado que, en el tejido cultural de Occidente, termina adquiriendo un carácter profundamente femenino.

“En la Vulgata latina (Éxodo 22, 18), leemos que, a los maléficos, un plural masculino demasiado amplio que también incluye a las mujeres, no se les debe permitir vivir. Pero en algún momento, la vocal final cambia y la palabra se vuelve exclusivamente femenina”, explica **Marina Benedetti**, profesora de Historia del Cristianismo y las Iglesias de la Universidad de Milán. Un detalle que es solo lingüístico. “Si incluso la autoridad bíblica se inclina hacia un proyecto de marginación de las mujeres y represión de su libertad, significa que nos enfrentamos a algo muy grave”. Ese cambio de vocal cuenta una historia de siglos: la transformación de las mujeres en presuntas favoritas del diablo. Una historia de control, silencio impuesto y castigos ejemplares. Como en el caso de **Juana de Arco**.

En la Edad Media, recuerda Benedetti, las mujeres vivían en una situación de minoría legal. “El Decreto de Graciano, texto fundacional del Derecho canónico, establece que las mujeres no deben hablar en las asambleas. Juana, sin embargo, habla. Dirige ejércitos, toma decisiones, defiende su misión. No pueden probar que sea una criatura del diablo porque su virginidad la protege de esa acusación. Así que la atacan por otros medios. La condenan como hereje y la envían a la hoguera porque viste ropa de hombre”.

La caza de brujas asoló Europa entre 1450 y 1750. Un texto en latín desató la superstición y la persecución: *Malleus Maleficarum* (El Martillo del Mal), publicado en 1487 en Alemania por dos frailes domi-



Así se configuró una leyenda que permanece todavía hoy

nicos, **Heinrich Kramer** y **Jacob Sprenger**. La Iglesia nunca adoptó oficialmente el texto (pero tampoco lo prohibió), y se publicaron 34 ediciones, con más de 35.000 ejemplares. Empezando por el título, con la palabra *maleficarum* en femenino (ahí está el cambio de vocal) porque, según se lee, la mujer es mas *occasionatus* (un hombre incompleto) y, debido a su debilidad e intelecto inferior, está predispuesta a sucumbir a las tentaciones de Satanás.

Chivos expiatorios

Las brujas vuelan y tienen relaciones sexuales con demonios, provocan tormentas y lanzan hechizos. Son, en resumen, los chivos expiatorios perfectos para todo tipo de desgracias. Así, las simples habladurías bastan para llevarlas a juicio. Las confesiones pueden obtenerse mediante tortura, en concreto, se recomienda usar un hierro al rojo vivo para afeitar todo el cuerpo en busca del estigma diabólico (la marca del diablo). “Las mujeres, observa Benedetti, siempre pagan con

sus cuerpos”. Sin embargo, la condena a ser quemadas en la hoguera tiene un impacto demasiado fuerte, “tanto que los inquisidores las entregan al poder civil, a los tribunales, para garantizar un orden público que haga aceptable el olor a carne quemada”.

Los historiadores han ofrecido diversas interpretaciones sobre la conexión entre la bula papal promulgada en 1484 por **Inocencio VIII**, *Summis desiderantes affectibus* (Deseando con el mayor ardor), y el *Malleus Maleficarum*, publicado tres años después. Según **Marina Montesano**, catedrática de Historia Medieval en la Universidad de Messina y autora de *Andare per i luoghi della stregoneria* (Il Mulino), la bula papal es “aparentemente una continuación de aquellos documentos con los que el pontificado ya había expresado su preocupación por los fenómenos heréticos y mágicos en los dos siglos anteriores”.

En realidad, es “un punto de inflexión cargado de consecuencias: el texto no hace referencia explícita a la brujería, pero la acusación del pontífice emplea



A la derecha, Francisco de Goya, "El aquelarre". Arriba, Joseph E. Baker, "La bruja n.º 1" (litografía), 1892, que representa los juicios de las brujas de Salem. Abajo, Eugène Lenepveu, "Juana de Arco en la hoguera"



un tono tan radical que se aparta de las denuncias habituales de las prácticas mágicas. La bula de Inocencio ratificó la obra de los inquisidores dominicos Jakob Sprenger y Heinrich Krämer en la actual Austria; poco después, los propios dominicos publicaron un texto titulado *Malleus*.

En una Europa donde la caza de brujas se cobró aproximadamente 50.000 vidas (cifra estimada debido a la quema de numerosos archivos), Alemania destacó por algunos de los sucesos más sangrientos. Tal fue el caso de los juicios por brujería en Würzburg, Baviera (1626-1631), que resultaron en la condena a muerte de unas 900 personas, el 80% de ellas mujeres. El frenesí inquisitorial afectó a todas las clases sociales, pero fue la indignación por la extensión de las quemaduras a niños lo que obligó a las autoridades a ponerles fin.

En Roma, sede del papado, nunca hubo caza de brujas; nadie fue quemado en la hoguera por estas acusaciones. Incluso uno de los procesos italianos más famosos, el de Triora, Liguria (1587-1589), terminó sin llamas. Veinte mujeres, acusadas de ser las artífices de una hambruna de dos años, fueron arrestadas y, bajo tortura, de-

lataron a otras. Diecisiete mujeres fueron condenadas a muerte. Según la mayoría de los historiadores, todas fueron liberadas por el Dux de Génova.

Sin embargo, las brujas de Val Camonica, escenario de la mayor masacre de Italia, no se libraron. A principios del siglo XVI, 67 mujeres y un hombre fueron quemados en la hoguera en Brescia y pueblos vecinos, acusados de causar sequías y enfermedades. En 1518, con el auge de la Reforma Protestante, la persecución se intensificó y otras 80 personas perecieron en la hoguera.

La caza de brujas cruzó el Atlántico con los Padres Peregrinos Puritanos y culminó en 1693 con los Juicios de Salem en Massachusetts. Todo comenzó cuando **Elizabeth Parrish** y **Abigail Williams**, hija y nieta del pastor, exhibieron un comportamiento considerado inexplicable: "Entraban en agujeros, se arrastraban bajo sillas y taburetes con gestos cómicos y pronunciaban discursos ridículos, absurdos e incomprensibles". Después de que un médico planteara la hipótesis de posesión demoníaca, se desató una cadena de persecuciones: jóvenes torturadas delataban a otras, y

las acusaciones llovieron sobre mujeres solteras que se curaban con hierbas. La psicosis colectiva convirtió a estas mujeres en chivos expiatorios de los temores de la comunidad. Más de 150 personas fueron encarceladas y 19 ahorcadas: 13 eran mujeres, en su mayoría ancianas y extremadamente pobres. Un hombre fue "aplastado hasta la muerte" por negarse a hablar. La vida en la colonia se paralizó, los cultivos y el ganado fueron abandonados y los molinos dejaron de funcionar.

La caza de brujas continúa en muchas partes del mundo, como denuncian varios informes del Consejo de Derechos Humanos de la ONU: "Cada año, cientos de miles de personas vulnerables sufren violencia en lugares como el África subsahariana, India y Papúa Nueva Guinea". "Al menos 20.000 'brujas' fueron asesinadas en 60 países entre 2009 y 2019". Las persecuciones modernas "se ven impulsadas por el fundamentalismo religioso y exacerbadas por las guerras civiles, la pobreza y la escasez de recursos". Amnistía Internacional ha denunciado la situación en Ghana, donde aún existen cuatro campamentos informales que albergan a cientos de supuestas brujas, casi todas entre 50 y 90 años.

Misoginia

La misoginia sigue siendo un factor decisivo. Las más afectadas son las mujeres más vulnerables o consideradas "fuera de la norma": viudas, ancianas, discapacitadas y aquellas percibidas como demasiado autónomas o independientes. Las acusaciones de brujería continúan siendo una herramienta de control sobre los cuerpos femeninos y, en algunos contextos, fomentan la trata de personas, aislando a las víctimas de sus comunidades.

"Es una conversación que siempre gira en torno al cuerpo femenino, hasta qué punto se regula según lo que se considera la norma, buscando señales del diablo en los cuerpos de las mujeres", añade Marina Montesano, cuyo último trabajo es *Ars magica. Una storia in 20 oggetti* (Carocci). "Lo veo hoy, aquí, en la demonización de las mujeres musulmanas que usan el velo, por ejemplo", subraya. Marina Benedetti publicará el próximo año: *Masche 1495. I processi alle streghe nel monastero di Santa Maria della Stella a Rifreddo*. *Masche* significa brujas en piamontés. El libro relata "un caso en el que se celebran juicios en un monasterio con una abadesa que actúa contra las mujeres". Porque "ciertos mecanismos no se activan al azar, sino por una cuestión de control".

Con o sin escoba, en la cultura

De Shakespeare a Parrella, las brujas se han colado en el imaginario popular

SANDRA PETRIGNANI

Las brujas y la brujería han ocupado un lugar destacado en la literatura a lo largo de los siglos, incluso sin contar con el universo de los cuentos de hadas. Nuestros tiempos no son una excepción, como lo demuestra la reciente publicación de la novela de **Marilù Oliva**, *Via delle Streghe* (Solferino), que toma su nombre de una calle ficticia de Bolonia donde vive una de las protagonistas, la hechicera Zulmira. Ella predice el futuro y tiene vínculos con lo oculto. A su alrededor vive un grupo de tres mujeres de distintas edades, sedientas de venganza. Son las “brujas” de nuestros días. Buscan venganza por los feminicidios que siguen sin justicia. **Leonardo Sciascia**, quien trabajó en este libro –basado en uno de los muchos episodios brutales de la caza de brujas del siglo XVII– a partir de una referencia encontrada en *I promessi sposi*, tras estudiarlo en profundidad y meditar sobre su horror, tituló su relato de 1986, *La strega e il capitano* (Adelphi), un homenaje a **Alessandro Manzoni**. Es la historia de la joven **Caterina Medici**, una humilde sierva que, para enamorar a un capitán, le robó un lazo que, bien atado, le habría garantizado el amor eterno. Por desgracia, la historia no tuvo un final feliz y la pobre Caterina, tras sufrir diversas torturas, fue estrangulada públicamente y quemada en la hoguera. Sus acciones pudieron haberse limitado a sí misma, pero eran peligrosamente similares a las de las odiadas curanderas, astrólogas y hechiceras capaces de preparar pociones de amor con hierbas y flores.

Juana de Arco no preparaba pociones, pero era sin duda, una gran visionaria. Fue juzgada, torturada y quemada en la hoguera con tan solo diecinueve años. Sigue siendo uno de los personajes femeninos más extraordinarios y heroicos que jamás hayan existido. Probablemente no sea casualidad que regrese como protagonista de la novela de **Valeria Parrella**, *La ragazzina* (Feltrinelli), hoy cuando, tras tantas batallas en nombre de una igualdad que tarda en ser reconocida en el corazón de muchos y en medio del alarmante aumento de los crímenes con-

tra las mujeres, el genio femenino sigue siendo incomprendido o termina siendo confundido con obsesión y locura. Las últimas páginas de la novela, que describen su castigo final, son casi insoportables.

En *Macbeth*, la maldad de la que son capaces los humanos se inspira en el poder oculto y persuasivo de las brujas –tres, nada menos– que, con sus profecías, provocan el derramamiento de ríos de sangre en la tragedia de **Shakespeare**. Y para **Dante**, el grave pecado de las mujeres es que “abandonaron la aguja y el huso, y se hicieron divinas; lanzaron hechizos con hierbas”. Así, las colocó en el infierno junto a magos y adivinos (y en esto, al menos, hay un principio de justicia). Caminan con el rostro vuelto hacia atrás porque deseaban demasiado indagar en el futuro. Y, eso no era algo bueno.

Damas de la noche

Según **Giuseppina** y **Eugenio Battisti**, autores del libro de 1964 recientemente reeditado, *La civiltà delle streghe*: “Las damas de la noche fueron portadoras de una civilización compleja, opuesta a la de la Iglesia y la sociedad regida por el poder masculino”. Decenas de miles de ellas

fueron quemadas en Europa entre los siglos XVI y XVII tras juicios falsos, por no mencionar los linchamientos, asesinatos y castigos violentos e indiscriminados que quedaron impunes, como si fuera legítimo vengarse de una curandera que no había logrado curar o de una bruja cuyo brebaje de amor no había surtido efecto.

En Italia, y esto parece realmente increíble, el último caso confirmado de una mujer torturada por ser considerada bruja data del siglo XIX, ¡de 1828 para ser exactos! Pero la iconografía de la bruja tal como la conocemos hoy es mucho más antigua, toma forma en el siglo XVI: “Una figura a menudo repulsiva de una vieja bruja que se asemeja tanto a un monstruo como a un animal, pero cuyo poder mágico es innegable.

El mundo de la Contrarreforma las encontró como el blanco favorito del ataque sexofóbico”. Su origen fue el texto *Il martello delle streghe*, publicado en 1487 por los teólogos **Heinrich Kramer** y **Jacob Sprenger** (más tarde Grandes Inquisidores). Pero no fue hasta 1862 que el estudio del historiador francés Jean Michelet rehabilitó a la bruja: “El hombre caza y lucha. La mujer fantasea y sueña; es la madre de la

Théodore Chassériau “Macbeth y Banquo se encuentran con las brujas en el brezal”, 1855



fantasía y de los dioses. En ciertos días es vidente; posee las alas ilimitadas del deseo y del sueño. Para comprender, observa el cielo, pero no por ello deja de ofrecer su corazón a la tierra". Es el reconocimiento de una fluidez femenina, que **Michelet** reconoce y ama, cercana a la eterna evolución del cosmos, a los ritmos de la naturaleza, a alguna verdad del ser.

Pero la ficción ya le había hecho justicia, gracias al estadounidense **Nathaniel Hawthorne**, quien en una de las novelas más bellas jamás escritas, *La letra escarlata*, sitúa a la protagonista Hester Prynne en la Inglaterra puritana del siglo XVII, donde redime su culpa como adúltera (y por lo tanto, una bruja) con una nueva conciencia de la fuerza y la libertad femeninas, predicando una "nueva verdad" capaz de cambiar "las relaciones entre el hombre y la mujer sobre una base más segura de felicidad mutua". Hasta finales del siglo XX, cuando *El maestro y Margarita* de **Mijail Bulgákov** retrató a una joven temporalmente transformada en bruja y aliada del diablo, que vuela en una escoba sobre Moscú y reparte justicia.

En el cine

En el universo cinematográfico abundan las referencias a brujas, a menudo teñidas de ironía. Un ejemplo es la obra maestra de **René Clair**, *"Me casé con una bruja"*, protagonizada por la inolvidable **Veronica Lake**, de veinte años. La película narra una historia ambientada en 1672, cuando los dos protagonistas, el hechicero Daniel (**Cecil Kellaway**) y su hija Irene, son quemados vivos durante la caza de brujas en la infame ciudad de Salem, Massachusetts. Pero siglos después, reencarnados en la década de 1940, dan vida a una historia vibrante en la que la bruja Irene, jura a su padre sobre un desafortunado amante: "Lo trataré como a un esclavo y lo haré sufrir terriblemente".

Bebe el brebaje de amor destinado a él y la situación da un giro inesperado. Acercándonos al presente, tenemos la inolvidable *Rosemary's Baby* de **Roman Polanski**, *Suspiria*, e *Inferno* de **Dario Argento**, sin mencionar *La bruja de André Michel*. Y, recientemente, se hizo referencia a los aspectos esotéricos de una malvada editora de una importante revista de moda, interpretada por la gran **Meryl Streep** en *El diablo viste de Prada*, cuya segunda secuela acaba de estrenarse, donde la protagonista, dada la crisis en la industria periodística, ya no está tan bien... ¿Se acabó la era de las brujas?

"Sanar las propias heridas, requiere tiempo y compasión"

CARMEN VOGANI

“**L**os demonios son las represiones del pasado que vuelven a llamar a nuestra puerta cuando intentamos separarnos de nuestra historia sin reconocer un sentido de pertenencia”. **Giulia Mazzoni**, psicoterapeuta familiar sistémica relacional, ayuda a las personas a nombrar los silencios que el cuerpo traduce en síntomas.

¿La autocritica es una virtud o un veneno?

Es útil si nos guía a reconocer nuestras propias limitaciones: me miro, me reconozco y sé qué puedo hacer para sentirme mejor. Es perjudicial si es rígida, anclada a expectativas externas de perfección y/o cargas transmitidas de generación en generación. En ese caso, se convierte en un sabotaje al servicio de un amo demoníaco que acecha en el pasado, a menudo en nuestra historia familiar.

¿Qué "amos-demonios" tienen en común las mujeres?

Las mujeres siempre han estado sujetas a expectativas familiares, culturales y sociales. Una carga transgeneracional que ha generado una profunda soledad emocional, un tema que durante mucho tiempo ha permanecido tabú: la mera desviación de dichas expectativas era impensable. Todo lo que se calla se manifiesta en el cuerpo y se convierte en síntoma.

¿Combatir o aceptar los demonios?

Transfórmalos y liberarse, así como el amor libera. El amor hacia una misma, a tu propia historia, incluso a la más dolorosa. No se trata de olvidar. Si intentas separarte de tu historia sin reconocer tu pertenencia a ella, creas una división emocional que no sana, sino que desgarrar, hasta que el dolor reaparece bajo otras formas. Darse la oportunidad de no herirse significa ponerle nombre a lo que hemos vivido.

¿Cómo se logra?

Sanar las propias heridas, lo cual requiere tiempo y compasión, es el trabajo que se realiza en terapia. No se debe aspirar a la eliminación inmediata del dolor, sino más bien a dotarse de una linterna para iluminar la oscuridad. Y



La psicoterapeuta Giulia Mazzoni invita a transformar aquellos dardos que hieren

descubrir, mientras tanto, que uno puede atravesarla. Una experiencia que deja una fe renovada en los propios recursos y en el otro que puede acompañarnos en este camino.

¿Existen demonios modernos?

La presión estética, el trastorno dismórfico corporal alimentado por las redes sociales, la fragmentación de los lazos comunitarios considerados una pérdida de tiempo... Pero la gran sorpresa es que los demonios de las mujeres no son tan diferentes de los de siglos atrás. La carga mental invisible ya existía, pero se componía de otras cargas. Hoy, está vinculada al trabajo emocional que se exige a las mujeres: anticipar las necesidades de los demás y, al mismo tiempo, ser eficientes y tener un alto rendimiento laboral. Otra constante es el malentendido entre la necesidad de apoyo y la percepción de fragilidad: necesitar una comunidad no significa ser incapaz de afrontar las dificultades, sino reconocer que el cuidado debe ser compartido.

El tentador bienestar

La metamorfosis del deseo se multiplica en la era digital

SIMONETTA SCIANDIVASCI

Cuando “ese” diablo andaba cerca, mordíamos para saborear, poseer y marcar. Al morder una manzana, **Eva** le da la espalda a la dicha y hace que la desobediencia sea indispensable para el conocimiento. La historia del conocimiento es una secuencia de límites quebrantados en desafío a los dioses, a Dios y a la naturaleza. Debido al mordisco de Eva, las mujeres han sido consideradas agentes de esa desobediencia y más cercanas a Satanás que a Dios. Criaturas naturalmente predispuestas al pecado. Seres impuros y corruptos. Guardianas del conocimiento oculto. Brujas. Seductoras insidiosas. Corruptoras. Estas son asociaciones y atribuciones por las que las mujeres aún pagan el precio, que han informado y moldeado la cultura patriarcal y que sobreviven con nuevas formas que no son meros prejuicios, ecos culturales o subculturales. Sobreviven desprovistas de la raíz que las unía, porque las había generado: el diablo, como gran recurso cultural del mal, la tentación y la transgresión.

Ahora que el diablo ya no está (y cómo podría estarlo, si cada deseo es un pedido de *Amazon* y cada tentación es un bien de consumo disponible para todos), la brujería es un conocimiento antiguo y bueno. Ya no es magia negra, sino magia blanca; un contrapoder simbólico al servicio del bien, no del mal; un relleno místico (a la “muerte de Dios” le siguió el nacimiento del agnosticismo universal, sino por una multiplicación de cultos). Dado que el diablo ya no está, las mujeres han pasado de ser criaturas demoníacas a angelicales: son las más hábiles, las más talentosas, las más estudiosas, las más educadas, las más dedicadas. Son las que heredarán la tierra: la nueva sangre (¿la última?) que la salvará. En la cultura dominante, de las cenizas del diablo, la diablesa ha renacido, con nuevas connotaciones y atribuciones. Es reina, no sirvienta; ama, no esclava; imponente, no seductora; fría e impenetrable. En *El diablo viste de Prada*, Miranda Presley no es una encarnación demoníaca como Cruella De Vil en *101 dálmatas*. Miranda Presley es el nuevo de-

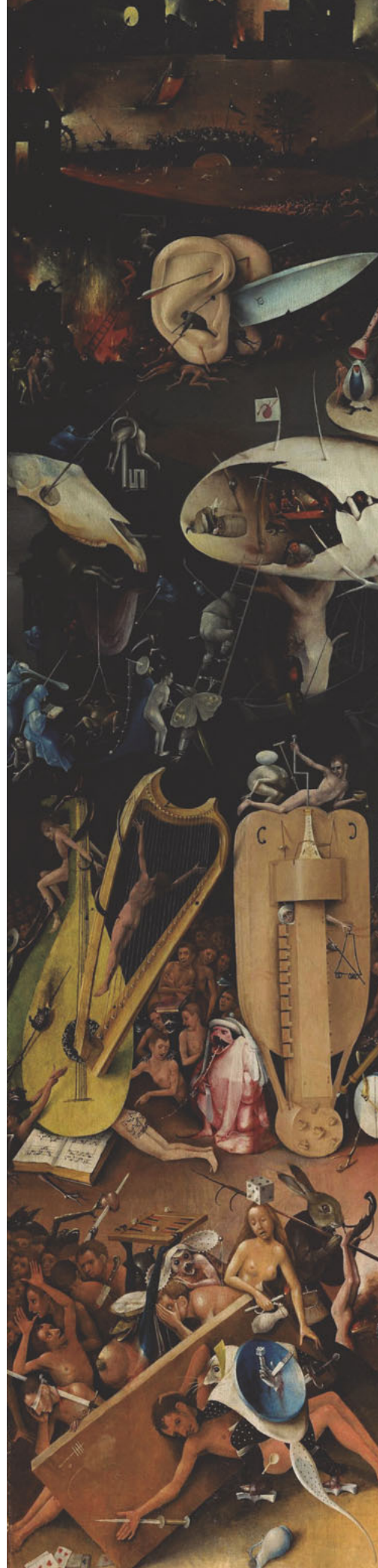
monio, el demonio femenino que viste de Prada, dependiente del trabajo, es independiente del afecto, inmune a la tentación, anhedónica y austera.

Incluso el mordisco ha cambiado porque ha perdido todas las características que el pecado original le atribuía y, de ser un arquetipo de desobediencia, se ha convertido en un método de relajación. Mordemos para crujir. El crujido es el sonido que usamos para conciliar el sueño, relajarnos, desconectarnos, olvidarnos de todo y, simplemente, para disfrutar. Vemos videos de virtuosas del ASMR (*Autonomous Sensory Meridian Response*, la respuesta a estímulos sensoriales que produce una sensación de hormigueo desde la nuca, que se irradia por todo el cuerpo y aplaca la ansiedad) mordiendo caramelos, patatas fritas, chocolate o cualquier cosa que haga un sonido que recuerde al crujido. La comida es crujiente o no lo es. El sabor importa poco y mucho menos que el sonido y el aspecto de lo que comemos.

Marketing sonoro

Cuando los anuncios empleaban el marketing sonoro (un ruido o música asociada a una marca, como el rugido de un león de *Metro-Goldwyn-Mayer*), el sonido servía para atraernos, para encender nuestro apetito, nos tentaba a satisfacer un deseo que nos inducían a sentir y a comprar y consumir. ¿Sigue siendo así? Si bien no se puede decir que el consumo haya dejado de ser el sentido que le damos a nuestras vidas, y si bien seguimos siendo consumidores en todos los sentidos y ámbitos, hemos dejado de querer satisfacer el placer, al menos el placer como lo entendíamos y experimentábamos cuando existía “ese” demonio, y nos encantaba seducir, confundir y conquistar.

Ahora es diferente y una parábola que describe bien lo diferente es la de los anuncios del helado *Magnum* que, en 2003 se vendía en siete sabores, cada uno de ellos asociado a un pecado capital (prueba de hasta qué punto lo demoníaco invadió la cultura dominante). La campaña se centró en dos cosas: el *branding* sonoro que los había hecho famosos, es decir, el sonido del chocolate al romperse entre los dientes, y los cuerpos (semidesnudos,





provocativos) de las mujeres que se los comían. Veintidós años después, el mismo helado se anuncia con la campaña *Nothing cracks like Magnum*. En un anuncio aparece una niña viendo una película, sentada en el sofá de casa junto a su gato, y cuando muerde el helado, el ruido que produce hace saltar al gato, a ella, a la mesa, a todo. En 22 años, del ruido de la tentación, el crujido del mordisco se ha convertido en el sonido del bienestar. Producir ese sonido es ahora una profesión, si no un arte, y además del sonido de los mordiscos y el crujido de la comida, se han vuelto placenteros los sonidos producidos al desenvolver paquetes, golpear las uñas contra superficies rígidas, soplar micrófonos, hablar en voz muy baja, pronunciar palabras que se disuelven y se convierten en versos, batir la lengua en el paladar.

El clímax del placer ya no reside en un tumulto sensorial, sino en un masaje mental, abandonándose a un espectáculo de supresión de estímulos, referencias, pensamientos y significados: un espectáculo anticultural que busca convertirnos en superficies hipersensibles, cuerpos receptivos, pero no voluptuosos. El diablo no tiene nada que prometer a una humanidad que no aspira a otra cosa que a desacelerar y que recompensa a quienes la hacen olvidar todo con diez uñas golpeando una mesa y un concierto de bocados de alitas de pollo fritas. El abandono a la relajación nos brinda la satisfacción que antes nos proporcionaba el sexo.

La investigación feminista de la sexualidad femenina, iniciada por la autoconciencia y continuada por la neurociencia, por un lado ha revelado que gran parte de lo que llamamos “diferencia” surge del aprendizaje, las expectativas y los roles sociales. Estos estudios fueron posibles gracias a que adoptaron una perspectiva de género. A partir de una observación informada de la diferencia, vemos cómo la retracción sexual está motivada por impulsos distintos en hombres y mujeres, y en personas intersexuales y transgénero, aunque todos comparten la búsqueda de un placer menos carnal y más abstracto, y todos buscan, más que el amor de su vida, el elixir de la longevidad y una espléndida forma física. ¿Cómo puede haber lugar para lo dionisiaco y sus excesos en el salutismo, el apolíneo de nuestro tiempo? Con la revolución sexual, el yugo de la inhibición se ha vuelto mucho menos opresivo, liberando la sexualidad del pecado, y por esta razón lo demoníaco, en lugar de ser suprimido, ha sido reivindicado.

Ahora, el yugo del que queremos librarnos es algo distinto: el estrés. **Rumiati** escribe que “en las mujeres, el estrés parece favorecer la descentralización y la regulación social; en los hombres, por el contrario, refuerza la respuesta egocéntrica”. La consecuencia más profunda de esta divergencia en las mujeres ha sido un distanciamiento de los modos de sexualidad que están influenciados por el patriarcado y, por ende, por el capitalismo. Si el estrés lleva a las mujeres a descentralizarse, y la descentralización conlleva una ruptura con el mecanismo colonial, resulta evidente por qué las mujeres buscan ahora un placer liberado de un sexo que es imperialismo y colonización, caza y competencia; es decir, todas las toxinas de las que, por la noche, antes de dormir, intentamos purgarnos escuchando recopilaciones de ASMR.

Seres deseantes

Antes de abordar la vulnerabilidad y la susceptibilidad del deseo, debemos ser conscientes de su historicidad y artificialidad. Esta historicidad nos indica que el deseo se ha identificado con el sexo. De ahí su importancia en nuestras vidas como algo que debe ser satisfecho, en respuesta a lo que se ha decidido que somos: seres deseantes. ¿Y si fuéramos seres contemplativos? El capitalismo está diseñado para alejarnos de esta posibilidad, a la que nos conduce el ASMR.

Febos admite en su libro haber dedicado gran parte de su vida a “dejarse llevar por la seducción”. Escribe que, al enamorarnos, nos sumergimos en un estado de enamoramiento romántico y obsesivo que nos lleva a buscar únicamente la plenitud. Un estado de ansiedad e insatisfacción perpetuas que convierten al amor en el desamor que describen las canciones, convenciéndonos de que, sin carencias ni sufrimientos, el amor no es amor. Las místicas del siglo XVI recurrían a la privación para alcanzar el éxtasis y en el convento encontraban una de las pocas formas de libertad accesibles a las mujeres de la época: allí podían escapar del matrimonio y, por lo tanto, de la dominación masculina; podían leer, educarse, escribir y ejercer autoridad (las abadesas a veces eran más poderosas que un obispo). Al obtener un espacio de autonomía y autoridad, las místicas han allanado el camino para distanciarse de la carnalidad posesiva y demoníaca que ha creado una dictadura del placer sexual que un sector del feminismo lleva mucho tiempo comprometido a derrocar. Pobre diablo: nunca subestimes a las mujeres, sean mundanas o místicas.



Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente



www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento